

“Alicia en el país de la locura”

de

Gema López Sánchez

Lo recuerdo todo... Fue cuando me besó...

Alice se paseaba por el Bosque de la Nada, una extensa explanada de nubes grises sobre las que ella caminaba sin prisa, procurando esquivar los relámpagos que, ocasionalmente, trataban de alcanzar sus piernas. Aquella mañana era un poco diferente de las otras, pues la tierra y la hierba —que se encontraban sobre su cabeza— comenzaron a agitarse al son de una tormenta que pronto comenzó: sobre la cabeza de la chica empezaron a llover gusanos.

Alice escuchó el sonido de unas campanillas que cantaban como una alarma. Sacó del bolsillo de su sudadera un largo cuchillo de carnicero tatuado de llamas negras; no eran gusanos normales... Se trataba de especímenes que medían casi como su antebrazo y tenían un grosor parecido. Debía de acabar con ellos antes de que la tocaran, o de lo contrario las feroces mandíbulas de estos la destrozarían. La joven de pelo azabache giraba sobre sus pies descalzos tan rápidamente que sus relativamente pequeños atacantes solo tenían tiempo de ver agitarse la negra tela de su vestido y dudar, por un instante, si el tejido de su sudadera rasgada siempre había sido rojo o si ahora se encontraba teñido por su propia sangre.

Una vez terminada la batalla, ante el horror de aquel macabro espectáculo, las nubes que la sostenían decidieron dejarla caer hacia su propio interior; tal vez era una forma sencilla engullirla. Al igual que Jonás en el interior de la ballena, Alice recorrió el interior de la nube, mas lo único que había digno de ver en aquella delicada pero consistente nube de vapor era un suelo de hielo blanco, opaco y liso.

Mi vida nunca había sido fácil... Desde la primaria había sido rechazada por mis compañeros de clase debido a mis altas calificaciones, y aunque estar sola no me importaba demasiado, pronto mi castigo por sacar buenas notas se hizo evidente... El *bullying* empezó. Los insultos, las risas y los empujones eran mi pan de cada día. Decírselo a los adultos era completamente inútil, me pegaban más... Entonces un día decidí defenderme.

Llevaba tanto tiempo corriendo para huir de aquellas chicas que me perseguían que me habían parecido horas. Llegamos a una calle cortada que conectaba con la autopista. Sor María me había dicho muchas veces que las calles sin señalización eran muy peligrosas así que nunca había estado allí. Las niñas cogieron mi mochila y vaciaron su contenido buscando algo de valor, pero solo encontraron los cómics que rompieron en pedazos delante de mí. Tenía frío, mi nariz sangraba por ambos agujeros y todos mis héroes se convirtieron en simples trozos de papel que se mezclaban con el barro; pero aun así no les pareció humillación suficiente. La líder, Amaya, señaló la peligrosa carretera por la que pasaba un coche cada diez segundos y me dijo: “Si pasas te devolveremos tu mochila y te dejaremos en paz”, y me mostró la malévola sonrisa de su rostro. El resto de niñas se quedaron detrás de mí cerrándome el paso por si quería escapar; no tenía opción. Me acerqué al quitamiedos y tragué saliva. Algunas de las chicas al comprobar que la cosa era bastante seria trataron de razonar con Amaya, pero ella podía callarlas con solo una mirada. Tras ver la sombra de un último Mercedes plateado agarré con fuerza el quitamiedos con la intención de saltarlo, pero entonces la chica que tenía mi mochila la dejó caer al suelo y pude oír el tintineo de un llamador de ángeles golpear sobre la hierba sucia. Según Sor María, lo había tenido mi madre al darme a luz, cuando falleció...

Al ver el pánico en mi rostro, Amaya lo cogió divertida y me ordenó: “Salta”, pero no salté. Estaba inmóvil, en shock, solo podía ver la esfera plateada agitarse en manos de Amaya. Me aparté del quitamiedos y me acerqué a ella lentamente: “Devuélvemelo”, le dije. Ella lo apretó en su puño mientras me miraba con odio, y un segundo después volaba hacia el otro lado de la carretera, pero Amaya calculó mal y la esferita fue arrollada por un Renault negro. Ella debió de creer que iría desesperada a recoger los últimos pedazos de mi llamador, pero en lugar de eso me tiró a su cuello. Los golpes y la sangre son todo lo que recuerdo de esa pelea. También recuerdo los gritos de las otras niñas, que al principio trataron de separarnos y luego corrieron a buscar ayuda; pero lo único que recuerdo vívidamente son unos segundos... Aquellos tres segundos en los que Amaya iba corriendo en mi dirección para embestirme... Aquellos tres segundos en los que me tiré al suelo para esquivarla... Aquellos tres segundos en los que tropezó con mi cuerpo y el quitamiedos justo cuando un camión de Correos pasaba a toda velocidad. Todo se volvió...

Rojo. Las nubes empezaron a llover sobre Alice gotas tibias de sangre. El chispeo se convirtió en tormenta, la tormenta se convirtió en chorreantes cascadas carmesí que la arrastraban y la ahogaban sin que pudiera evitarlo. Intentó subirse al suelo de hielo para tener una superficie elevada y estable para así no ahogarse, pero ese cristal ahora templado se agrietó, y de su interior surgieron unos brazos enormes que pugnaban por salir furiosos y arañaban el hielo para llegar hasta la joven. Con ellos un aceite negro parecido al alquitrán emergió y se juntó con la sangre. Alice trató de correr pero el alquitrán la aprisionaba como arenas movedizas. Las manos la agarraban hasta romperle los huesos y desgarrar sus vestimentas mientras hundían todo su cuerpo en un mar del que nunca podría salir.

A pesar de que Sor María me defendió, de que era menor de edad y de que no podían demostrar que no la maté por accidente, tuve que pasar un año en un psiquiátrico y a partir de ahí seguir yendo a sesiones. Nadie volvió a acercarse a mí.

Con dieciocho años, aunque seguí siendo antisocial y aunque aún debía visitar al psiquiatra, la vida pareció recobrar la normalidad; al menos eso creí. Cuando nos graduamos, me invitaron a ir a la fiesta de final de curso; era una oportunidad de encajar irrepitable así que no me negué. En la discoteca conocí a un chico y pasé horas bailando con él; hablamos mucho, nos conocimos mejor... Era un chico muy guapo y llevaba años sin hablar así con nadie, así que en unas pocas horas ya estaba totalmente colada por él. Cuando ya estábamos los dos sudando y resoplando a la décima canción, me trajo un refresco de naranja —porque yo no bebía— y me ofreció salir a tomar el aire; no me negué.

Era ya noche cerrada y andábamos por un callejón algo alejado del de la discoteca. Estaba tan mareada que pensé que no sabría volver. De pronto la conversación dejó de ser tan fluida, él solo se me quedaba mirando con aire calculador. No entendía nada y comenzaron a fallarme las piernas, ese fue el momento que eligió para robarme un beso feroz e incluso doloroso contra una pared. Al principio me asusté pero pensé que sería fruto de la pasión y que no me hacía daño apostá, pero conforme la cosa avanzaba sentía más terror. Le decía que no quería llegar a más pero él no me escuchaba; al rato la droga de mi bebida hizo su efecto y me desmayé. Al día siguiente desperté semidesnuda entre la basura. El chico se había llevado mi bolso y mi virginidad.

Alice se sentía frágil, pero al menos seguía con vida. En ese momento se encontraba en una jaula en el fondo del mar. Los peces que nadaban cerca estaban hechos de vidrio y vestían lujosos ropajes, uno de ellos incluso llevaba un monóculo. Todos pasaban de largo nadando sin preocuparse de la joven presa en una jaula de oro, cuyos brazos llenos de moratones y fracturados colgaban encadenados a unos grilletes que se entrelazaban con los barrotes. La paz continuó incluso cuando un cangrejo gigante, que parecía hecho del mismo alquitrán putrefacto y ensangrentado que anteriormente la había hundido, se presentó ante Alice mostrándole unas pinzas dentadas afiladas como las sierras y soltó un gran rugido penetrante que perduraría en las peores pesadillas de la azabache durante el resto de su vida.

Alice trató de escapar, pero la jaula de oro era demasiado dura. El cangrejo golpeó la jaula con fuerza haciéndola rodar por el fondo marino. Los brazos de Alice no aguantarían otra sacudida así. El cangrejo decidió posarse sobre la jaula con todo su peso para así aplastar a la chica, pero ella tuvo más reflejos y cuando los barrotes cedieron ella aprovechó para escapar; sin embargo uno de sus brazos quedó atrapado bajo el peso de la enorme bestia sin compasión, y allí se quedó, sujetando el cuchillo que había matado a los gusanos, clavándose ahora en el cuerpo de la macabra criatura mientras Alice huía arrastrándose con el brazo que le quedaba huyendo de los afilados peces de cristal.

Nadie creería a una chiquilla loca considerada discapacitada mental, lo sabía incluso cuando quise poner esa denuncia. Ni siquiera podía recordar el rostro de quién me había ultrajado; no podía hacer nada. Ni el doctor Ramiro, mi psiquiatra, me creyó. El único que pareció prestarme algo de atención fue Lucas, el secretario de la clínica de Ramiro. Cuando el doctor se retrasaba solía charlar con él para no aburrirme —bueno, más bien charlaba él—. El caso es que poco a poco fuimos hablando más. Íbamos a tomar algún café, veíamos alguna película en el cine... Ramiro opinaba que todo eso era muy beneficioso para mí. Finalmente Lucas y yo comenzamos a salir. Sor María dejó de ser mi tutora cuando Lucas y yo nos casamos. Según Ramiro pronto recibiría el alta; pero un día Lucas, que había cambiado de trabajo, me insistió en que no fuera a verle. Traté de explicarle que el doctor solo quería terminar el tratamiento para darme el alta pronto y que pudiera llevar una vida normal, pero Lucas decía que no debía fiarme de él. Era mi marido así que confié en él y dejé de visitar a Ramiro. Traté de buscar trabajo, pero Lucas decía que si lo hacía podría toparme con algún jefe que me hiciera lo que el chico de la discoteca, así que se me quitaron las ganas. Me busqué un hobby, dibujar —que Ramiro solía recomendarme para mi tratamiento—, pero cuando Lucas vio el libro de ilustraciones con pinturas de cuerpos femeninos y masculinos lo tiró y me mandó no dibujar a ningún otro hombre.

Las prohibiciones cada día iban a peor y ya solo salía a la calle cuando tenía que comprar, y solo tenía diez minutos para hacerlo si no quería que Lucas se enfadara. “Llegas tarde” me dijo un día. “Lo siento, había mucha cola” dije mientras dejaba las bolsas sobre la mesa. “¿Te crees que me voy a tragar esa mierda?” me espetó y me empujó contra el frigorífico “¡Seguro que estabas tirándole los tejos al gilipollas del cajero, ¿verdad?!” Me dio otro empujón y esta vez me tiró al suelo. Me arrastró hasta la habitación y cerró la puerta por fuera. No daba crédito a lo que pasaba, pero solo podía llorar mientras escuchaba los sonidos del partido de fútbol en la tele. Por la noche abrió la puerta y dijo con voz apenada “Oye, siento mucho lo que ha pasado, perdí los nervios”. Yo no contesté. “Venga... ya puedes salir. Es hora de cenar”. Me dirigí a la cocina y preparé la cena, solo la suya. Mientras tanto la televisión cambió para dar un reportaje de emergencia; una mujer había muerto a causa de la violencia machista.

Él me ofreció mis pastillas, que fingí tomar y me dijo que me fuera a dormir. Me fui a la habitación de invitados y seguí despierta hasta que oí que se abría la puerta y una voz femenina decía: “¿Tu mujer ya se ha dormido?”, “Tranquila, la loca no será una molestia esta noche” respondió mi marido. Miré las pastillas en mi mano y las tiré por la ventana mientras oía sus gemidos en la habitación de al lado. Nadie creería a una loca...

Recordé a Amaya, recordé al chico de la discoteca. No. De ninguna de las maneras me humillarían otra vez. Una sonrisa se formó en mi rostro mientras cerraba la puerta de su dormitorio; esbocé una aún mayor cuando escuché el sonido del gas llenar toda la casa. Salí y me senté en la acera de enfrente contemplando la que había sido mi casa, o más bien mi prisión, durante mucho tiempo con la misma postura que tiene un niño cuando espera

impaciente a que empiece su serie de dibujos preferida. Miré mi reloj, en poco tiempo Lucas se levantaría para ir al baño, encendería la luz y...

¡¡PUMMM!! Todo explotó. Un alivio inmenso cosquilleaba mi interior y una risa infantil inundó mis pulmones. A la mañana siguiente encontrarían el cadáver de Lucas y confundirían el de su amante conmigo. Guardé bien en mi bolso los documentos de esa mujer y me dirigí a su dirección. Estaba soltera, sin hijos, y su móvil solo tenía los teléfonos de Lucas y de su jefe. Empezar una nueva vida iba a ser mucho más sencillo de lo que me había imaginado. Seguí riendo durante toda la noche, pero por algún motivo... tampoco podía dejar de llorar.

Alice... yo... estaba cansada... Eran demasiados monstruos, demasiados peligros en este País de la Maravillas tan cambiante. Me arrastraba por el suelo, perdía mucha sangre; mi alma iba a morir, y mi razón con ella. Cerré los ojos en un frío suelo de mármol mientras la lluvia, igual de congelada, caía sobre mi cuerpo inerte y marchito. Un blanco gato de Cheshire se tumbó sobre mi pecho. A pesar de las heridas de mi piel, podía sentir su suave pelaje. Abrí un poco los ojos esperando ver una sonrisa burlona a pocos centímetros de mi rostro, pero el gato no sonreía. Miré al cielo de color negro que llovía; en realidad todo era negro salvo ese gato. Quise acariciarlo con mi otra mano pero manché su pulcro pelaje con el rojo de mi sangre y el alquitrán de la de los monstruos. "Lo siento mucho..." Mis ojos empezaron a llorar amargas lágrimas... El gato se acercó más a mi cara y me lamíó. Por un momento recordé al cangrejo, las manos y a los gusanos. ¿Y si ese gato también era un monstruo? Le miré con odio y acerqué mi mano a su immaculado cuello; si iba a dañarme, era mejor matarlo en ese momento; pero maulló y mi mano se detuvo. "No estás sola" me dijo. No supe qué responder, solo pude llorar más... "Por favor... sácame de aquí..." supliqué. Cuando volví a mirar el gato se había transformado en un enorme tigre, blanco como la nieve. Me ayudó a sentarme a horcajadas sobre su lomo y me dejó caer sobre su pelo sintiendo su suavidad en mi piel. Un espléndido sol apareció en ese escenario negro, que se volvió transparente cual cristal. "Quédate conmigo..."

Siempre...

Supongo que él ya sabe que las pastillas que tomo por las mañanas no son simples aspirinas... Supongo que cuando a veces empiezo a hablar conmigo misma en voz alta se hace el tonto... Supongo que cuando empiezo a temblar y a gritar cuando me acaricia no cree que esté teniendo una pesadilla... Pero aun así él me dio la mano cuando nadie más quiso hacerlo. El odio... la locura... Todo eso sigue dentro de mí, y mi nueva identidad no lo borra... ¿Cómo puedo contarle lo que significan esas palabras a un ser tan perfecto y puro...? Alguien que supo ver dentro de mí cuando ni yo misma lo hacía... A ese alguien que me sacó de ese pútrido País de las Maravillas... mi gatito blanco...

Solo rezo para que él no sea un monstruo más...

... porque yo también puedo serlo.